

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco. — ****, poesia, por don Aristides Pongilioni. — *Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives. — *Lo que se vé en casa de la señora Tussaud*, (continuacion), por Alejandro Dumas. — *Revista de la semana*, por don Ensebio Blasco. — *Modas*, por Pamela. — *Labores*, por Pamela.
Con este número se reparte una lámina de labores y el pliego cuarto del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXXVII.

OCTAVIO Á CAMILO.

Paris, setiembre de 48...

Búscame una esposa como la que el cielo te ha deparado, Camilo, y me casaré en seguida que la memoria de Isaura pueda borrarse de mi corazon.

Todo lo sabe: adjunta es la copia de una carta que le dirigió la infame Valentina y que ella me ha remitido: desde que la recibí—y la fecha te dirá que ya hace tiempo—¡cuánto debe haber sufrido la desventurada Clara!

Y sin embargo, todo te lo ha callado, todo te lo ha ocultado, y ni una queja ha estampado su pluma: ¡qué sublime virtud!

Si Mélida es un ángel, su hermana es una santa: aquella hubiera podido morir al recibir ese terrible golpe: la naturaleza de su hermana es mas fuerte: pero quizá haya sufrido mas: sí, para Clara hubiera sido mejor morir.

Eres padre, Camilo: aunque ninguna otra felicidad te sonria á lo lejos, ya tienes bastante

para distraerte de esas locas quimeras que te preocupan y te alejan de tu esposa.

Clara me escribe interrogándome acerca del estado de tu corazon, á mí que soy tu mejor amigo: ¡pobre niña! qué sola debe verse en medio de su dolor, cuando, siendo tan altiva, escribe á un extraño como soy yo para ella!

En nombre de su hijo, me suplica que le diga la verdad: ¡toda la verdad!

No te envío su carta porque no eres digno de ella en tanto no vuelas á su lado: no vengas aquí mas que con ella: solo, no quiero recibirte.

Yo le he aconsejado, Camilo, que te atraiga por medio de la dulzura: acaso por esto te ha escrito la carta de que me hablas, porque la desgraciada criatura solo desea un buen consejo para seguirlo.

Sin duda no se atreve á pedirselo á su madre, tan afligida como ella: ni á su hermana, en cuyo talento tanto ha confiado otras veces, porque una de las mas horribles consecuencias de esa carta, es haberle hecho perder la fé que tenia en Mélida, á la que tal vez durante algun tiempo ha juzgado cómplice tuya; tienes razon. Clara, escribiéndote con dulzura y cariño en la ocasion presente, es verdaderamente grande.

¡Qué horribles males puede causar la envidia de una mujer!

Pero yo he de ser quien castigue á Valentina: he de tener siempre sobre el rostro para

ella mi máscara de libertino y calavera: la he de perseguir con mis galanterías, á las que ella volverá á corresponder por vanidad: la he de comprometer á los ojos de todos, para reirme de ella despues.

¿Y qué, no lo merece? los asesinos mora les no merecen tambien un castigo moral? tú tambien se lo darás, porque esa mujer está locamente enamorada de tí.

¡Terrible desgracia de las naturalezas depravadas es el apasionarse siempre de lo que es noble, austero y bueno!

Jamás Valentina amará verdaderamente á nadie mas que á tí: y cuanto mas te vea buen esposo y buen padre, tanto mas te amará.

Lástima es que tú no tuvieras humor para fingir corresponder á sus delirios, y dejarla despues espuesta á la befa de sus compañeras de intrigas.

Pero esto no es posible: el día que te hagas superior á esta noble dolencia, volverás á tus nobles deberes, y habrás cerrado para siempre el capítulo de tus devaneos.

No, no! yo seré el que me declare su adorador, y me burle de ella despues.

Por qué se quejan de los hombres las mujeres como Valentina? ellas son las que se rebajan á nuestros ojos con la depravacion de sus inclinaciones, con su afan de turbar la paz de las familias, con sus insolentes coqueterías, con sus intrigas, en una palabra!

Y á qué conducen todos sus esfuerzos?

¡Desgraciadas! á divertirtiros durante algunos meses, y á que las mostremos como objetos de lujo á los ojos de nuestros amigos!

Mi vida en este París que llaman loco, se pasa de una manera uniforme y casi agradable: porque la principal ventaja que Francia lleva á España, es la de saber que el tiempo es oro, y la de tener el talento de saberlo aprovechar.

Aquí todos trabajan las primeras horas de la mañana, hasta esa clase opulenta que se llama aristocracia, que nada hace en ninguna parte del mundo, ni de ninguna manera conocida: los nobles se aplican al mejor aumento de sus fincas, porque dicen, y tienen razon, que lo que á sus padres costaba cien francos cuesta ahora mil, y que para que los hijos tengan alguna fortuna, los padres deben y tienen que trabajar mucho: así, el noble es industrial, y pone en las botellas de sus vinos su nombre, no solo sin rubor, sino hasta con orgullo: hay quien se dedica al mejoramiento de los co-

nejos y de las aves: el que posee algun talento para las artes,—y aquí hay muchos que lo poseen,—se dedica tambien á su explotacion, y en casa de los libreros-editores, y en las exposiciones de pintura, se ven volúmenes y cuadros firmados por condes y marqueses: en una palabra, aquí, lo vergonzoso ó, mas bien, lo nécio es la holganza: cada uno se gana su lujo, sus placeres, sus derroches, ó su bien estar y su abundancia: por qué no comprendemos esto? ah! porque como solo somos serviles imitadores, copiamos únicamente el mal, los vicios, las locuras y las exajeraciones.

Vente aquí con Clara durante algun tiempo, aquí olvidarás ese rincon de mundo al que se ha apegado tu corazon como la ostra á la roca: el alma fuerte de Clara, esa alma heroica, pues así puedo llamarla, despues de su valeroso silencio para contigo acerca de la traicion de Valentina, merece que la esmaltemos con todos los primores del buen gusto que es aquí perfecto y que se aspira por todos los poros: aquí nacerá vuestro hijo, y yo seré quien le tenga en la pila del bautismo: yo seré feliz con vuestra dicha ya que por ahora no espere ninguna para mí, pues no hay muchas mujeres como Clara y como su hermana.

¡Qué dos seres tan opuestos y tan encantadores, y cómo demuestran ambos hasta qué punto la mujer puede ser sublime y adorable! la una suave, dulce, inocente, modesta; y como contrapeso de estas débiles virtudes, dotada de tan enérgica fuerza de raciocinio y de fortaleza: por que segun dices, el corazon de Mérida está bajo tu mano, como puede estar bajo la mano de un niño la blanca é inocente mariposilla: tal vez antes este corazon se haría pedazos contra su cárcel, que se rindiera á tu amor.

Clara fiera, al parecer, altiva: y sin embargo dotada de tan generosa dulzura y de tal nobleza en el perdon! no sé qué admirar mas en ellas si el fondo ó la forma, y las creo á entrambas dos criaturas que bien pueden servir de modelo para su sexo.

¿Hubieran sido lo mismo las dos hijas de la condesa de Campoverde con otra madre?

Ciertamente que no.

Niña de doce años conozco yo, no aquí sino en Madrid, que habla ya de modas y de amores como si en el mundo no tuviera ella otros deberes que llenar que los de vestirse y lanzar á sus adoradores lánguidas ojeadas.

Y es que cada día asisten al tocador de sus

madres, y allí toman rudimentos que despues completan en el salon.

Nada se las enseña ni de religion, ni de moral, ni de economía, ni de ninguna de las modestas virtudes tan precisas en el hogar doméstico y que tanto le embellecen.

¿Qué serán mañana estas niñas?

Otros tantas Valentinas.

Te espero, Camilo: he buscado para Clara y para tí un lindo *appartement* en el *gran hotel* donde estareis como príncipes: ¿me permitirás, que envíe á tu mujer cada día, como memoria de fraternal cariño, el ramillete que enviaba cada mañana á la ruin marquesita de Montemar? ¡qué dinero tan abominablemente gastado el de aquellas flores que ofrecia á un áspid!

Te advierto que si no eres para Clara lo que debes ser, me declaro su protector y su hermano: venid, Camilo: deja á Mélida que ha querido ser aldeana por su gusto con su aldeanito Juan y haz de tu esposa lo que el cielo quiere que sea: una gran señora, y una mujer ejemplar, lo cual no es tan difícil, como el mundo descreído piensa, y de esta verdad será tu esposa un brillante ejemplo.

OCTAVIO.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

=====

Mi pecho enciende en misterioso fuego
plácida imágen que en mi mente vaga,
nombre mas dulce que la miel hiblea
vibra en mi alma.

Do quier que tiendo la mirada ansiosa,
do quier leve murmullo se levanta,
sueño de amor, la imágen me aparece,
y escucho esa palabra.

Nunca á tu oído la llevó en sus pliegues
la brisa al penetrar por tu ventana?
Es que en mis labios flota sin sonido
y espira en mi garganta.

Pero si un punto de tus negros ojos
brilla en los míos celestial mirada,
ellos dirán en su lenguaje mudo
lo que los labios callan.

Mírame! busca en mi semblante triste
ese secreto que mi pecho guarda,
y dime, ¡ah! dime que alentarme es dado
siquiera una esperanza!

Tiñe el rubor con sonrosadas tintas
tus mejillas de nácar,
como los tibios rayos de la aurora
las nubecillas blancas.

Tiembla en el fondo de tus negros ojos
húmeda la mirada,
como en el seno de las aguas tiembla
estrella solitaria.

Alza y deprime tu nevado seno
agitacion estraña,
cual de la blanca tórtola en el nido
miro agitarse el ala.

Y al peso de ignorado pensamiento
doblas la frente cándida,
como el lirio que inclina su corola
al beso de las auras.

Y de las flores con inquieta mano
hoja tras hoja arrancas,
y alzas á mí los ojos un instante...
quieres hablar... y callas!

Ah! si al poeta concedió el Eterno
la inspiracion, que á descifrar alcanza
ese confuso y vago y misterioso
lenguaje de las almas;

Si veo tu rostro que el rubor colora,
si veo tu frente que en silencio bajas,
á qué, luz de mis ojos, alma mía,
pregunto si me amas?

Aristides Pongilioni.

=====

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuacion).

Margarita no contestó, y salió del cuarto para buscar una madeja que habia olvidado en el suyo. Era este una parte, aislada por medio de una cortina, de la habitacion misma de Jaime. Como recordaba el sitio donde dejó la madeja, entró á oscuras, á tiempo que decia el hermano en su departamento:

—¿Y si se descubre? La voz de Sebastian contestó al punto:

—Imposible, todo está perfectamente calculado: en fin, si no quieres, déjalo.

—No, no, que estoy harto de trabajar.

Los jóvenes callaron, y Margarita, recelosa é inquieta por lo que habia oído, volvió al cuarto de sus padres donde acababa de tener lugar este otro diálogo:

—Jaime, no dejes salir á tu hijo.

—¿Por qué?

—Margarita, aun cuando nada dice, no está buena, y la empeorará el esperarle.

—Mimos tuyos; si estuviera mala, se quejaría.

—¿Qué mal la conoces!

—Tú, que no comprendes que su enfermedad es un pretexto para privar á Jaime de la diversion que ella no puede disfrutar.

—No digas eso por Dios, te duele que él pierda un goce y no el que ella sufra.

Los esposos callaron al volver Margarita, la cual dirigióse á su padre, diciendo:

—Padre, mandad á Jaime que no salga.

—¿Por qué?

—No me siento bien y quisiera recogerme pronto.

—Vete á dormir y que se lleve el pica-
porte.

—Si hace dias que lo perdió.

—¿Y por eso ha de privarse el pobre que trabaja toda la semana de una noche de sarao? ¿Piensas que no conozco el mal que te aqueja? Anda á recogerte como las gallinas, y no seas el perro del hortelano que ni come ni deja comer; anda que ya cuidaré yo de abrirle la puerta.

El hermano entró en aquel momento con Sebastian á despedirse del padre.

—Adios, hijo, adios y que te diviertas, dijo Gifre mirando con intencion á Margarita, quien al desaparecer su hermano volvió suspirando á su bordado, sobre el que cayeron silenciosas lágrimas.

Hacia la madrugada volvió el joven y se encerró en su cuarto, arrojándose despues de unos instantes vestido sobre su lecho.

A las siete, Margarita tuvo que salir; al volver la esquina de su calle y entrar en la otra vió un grupo de gente ante una puerta.

—¿Qué ha sucedido? preguntó.

—Que ha sido robada durante la noche esa tienda de comestibles. Respondió un hombre.

—¡Jesus María! ¿y cómo?

—No se sabe, pero se ha encontrado falseada la cerradura de la puerta y roto un cajon donde en la trastienda guardaban el dinero.

—Por esas señas, añadió una mujer, debe ser ladron casero.

—Así piensan los robados; pero no casero de hoy, pues estaban sin mancebo, sino de dias antes, murmuró el hombre.

Margarita, que sintió el frio de la palidez sobre su rostro, volvió la espalda al grupo de gente y se subió á su casa, entrando presurosa en el cuarto de su hermano.

—Jaime, gritó cogiéndole por el brazo, alza-
te, que el robo ha sido descubierto y se sospecha de Sebastian.

El joven, que acababa de dormirse, despertó sobresaltado esclamando:

—¿Descubierto! ¿Cómo, cómo?

—Como se descubren todos los crímenes, ¡des-
venturado de tí, que con esa culpa matarás á padre!

—¿Lo sabe?

—No, pero lo sabrá cuando vengan á pren-
derte.

—Entonces, adios. Y diciendo esto, abrió el cajon de una mesa dentro del que se veía, sobre un pañuelo basto, un monton de monedas de plata y oro.

—¡Ah! exclamó Margarita deteniéndole la mano con que ya tocaba el dinero, ¿es tu parte?

—Y la de Sebastian, todo lo tomado está aquí, repuso el joven juzgando atenuar, con la poca importancia de lo robado, la gravedad del delito.

—Todo, todo? entonces te has salvado, murmuró la hermana cogiendo apresurada las puntas del pañuelo, que ocultó con su delantal, y saliendo de la estancia.

—¿Qué intentas? ¿dónde vas? gritó Jaime avanzando tras ella. Pero Margarita ganó rápida la puerta del piso y salió cerrando tras sí.

Jaime, que entrevió en aquel momento su idea, veloz como el torbellino, precipitóse hacia la puerta, pero al tocarla presentósele el padre, quien pálido y contraído díjole al apoyarse en su hombro:

—Hijo, no salgas, estoy muy malo.

Al contacto de aquella mano calenturienta, que buscaba sosten en el hijo querido, y al eco de aquella voz que perdía su severidad al dirigirse á él, sintió el mancebo estremecerse



sus entrañas y el carmin de la vergüenza estenderse sobre su faz. Mas, dominando su turbación, murmuró con voz trémula:

—¿Por qué os habeis levantado?

—Porque temo caer para no alzarme mas. Luego creí que reñiais y venia á reprender á Margarita. Pero héla aquí. ¿De dónde vienes?

—De dar un recado.

—¿A quién?

La jóven se turbó, y con voz entrecortada balbuceó palabras sueltas.

Jaime, temiendo por sí mismo, apresuróse á responder:

—Salió á un recado mio. Gifre volvió la espalda y el jóven, rehaciéndose entonces, asió por el brazo á la hermana y llevándola al mas apartado rincon de su cuarto, díjole sañudo:

—¿Qué has hecho del dinero?

—Devolverlo á sus amos, para calmar su pena y evitarnos una desgracia.

—¡Miserable de tí, que me has vendido! exclamó Jaime rechazándola.

—Si no he ido yo, repuso Magarita, si lo ha llevado el padre Andrés, sin pronunciar nombre alguno, y suplicando á los dueños que callen sus sospechas. Ahora, Jaime, vuelve los ojos atrás, piensa en la honradez de padre, en su intachable conducta, en el dolor y la vergüenza que aun le causa la falta de Inés, y no vayas á destrozar con las tuyas su harto despedazado corazon.

Jaime bajó los ojos, Margarita se acercó y tomándole las manos y haciéndole serias reflexiones concluyó diciendo:

—Vuelve sobre tí, y emprende distinta senda.

—Desde ahora mismo, repuso el mancebo, y cogiendo su gorra se lanzó á la calle.

(Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

LO QUE SE VÉ EN CASA DE LA SRA. TUSSAUD,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

IV.

Como M. Joung tenia que ver á sus amigos y nosotros á los nuestros, nos separamos, ci-

tándonos para las cinco en el hotel, desde donde iríamos á comer á Blackwal.

La comida, lo mismo que la habitacion y el carruaje, habia sido encargada desde Paris.

Alejandro y yo nos metimos en un coche.

Nos maravillamos los franceses al ver el paso que llevan los carruages en Lóndres, y hacemos honor á una raza de caballos superior á la nuestra, pero esto nos sucede hasta que pagamos al cochero, porque cuando pronunciamos las sacramentales palabras *how much*, que quieren decir *cuanto*, se nos esplica el misterio. Consiste la rapidez, no en que el tronco sea árabe ó ingles, sino en que se paga á los cocheros por millas, y cuanto mayor número de estas recorren al dia mas *schellings* cobran. Van de prisa, pero cuesta caro; casi doble que en Francia.

Consignemos, de paso, una observacion. Rara vez sucede que tropiecen dos coches, y si alguna tiene efecto este percance, en lugar de injuriarse mutuamente los cocheros, se saludan con la risa en los lábios como diciendo: «¡qué imbéciles somos!» y dirigiendo sus caballos atrás ó adelante, desenredan sus vehículos como mejor pueden y prosiguen su camino sin cambiarse malas palabras ni buenos latigazos.

Los cocheros de ómnibus, especialmente, son admirablemente diestros para conducir sus colosos que son, en el orden de carruages, lo que los leviatanos en el de los peces. Un coletezo suyo haria zozobrar inmediatamente el carruaje mas sólido. Pues bien; á pesar de que tienen conciencia de su fuerza, no abusan de ella. Sentados quince pies sobre el suelo, graves, como si sus asientos fuesen tronos y sus vehículos estados, *enguantados* y *encorbatados* como los *gentlemen*, parecen acceder por pura complacencia á que entren en sus carruages las gentes que necesitan de ellos para ir á sus placeres ó á sus negocios.

Aunque Lóndres es como dos veces Paris, puede verse pronto, superficialmente se entiende.

Si recorreis tres calles, Haymarket, Regent-street y Oxford-street, subiendo por la derecha y bajando por la izquierda, podeis decir que lo habeis visto todo en materia de calles.

Existe una gran semejanza entre Bélgica é Inglaterra, y Lóndres no es mas que un Bruselas gigantesco.

Al cabo de una hora, Alejandro me dijo que tenia que hacer y nos separamos, citándonos en

Hyde-Park á las cuatro en punto, y me encaminé á ver el museo de la señora Tussaud que es adonde suplico á mis lectores que me sigan.

V.

¡Qué museo!!

Por fortuna vuestra, queridos lectores, no os acordareis del *boulevard* del Temple, tal como lo cantó el pobre Desangiers. Pues bien, en este boulevard estaba el salon de Curtius donde me llevaron siendo niño, y donde he vuelto siendo jóven. Confieso que todas aquellas celebridades, desde la casta Susana hasta el Papamoscas, me dejaron profundos recuerdos. Todavía se las encuentra en las ferias de provincia, pero diseminadas, solitarias y tristes. ¿Qué se hizo aquella brillante reunion de que formaban parte en tiempo del café de la Spi-Scie y del teatro de Bobeche?

Recuerdo que fué en este mismo boulevard donde encontré á Hugo por primera vez, en la barraca de un hombre que exhibía un esqueleto de Sirena, asegurando haber rehusado el día anterior veinte y cinco mil francos que le daba por él el gobierno.

Pues señor, el museo de la señora Tussaud es la corte de las figuras de cera, presidida, como la batalla de Austerlitz, por tres emperadores: el emperador Francisco, el emperador Alejandro, y el emperador Napoleon.

Todo soberano proscrito, todo gran criminal oculto, toda celebridad que tema derretirse á la accion del sol, puede llamar á la puerta de la señora Tussaud que practica la hospitalidad en gran escala.

(Se continuará.)

(Traduccion.)

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

La lluvia.—Ferias.—Teatro de la Zarzuela.—Teatro de Variedades.—Un madrigal traducido del italiano.

Volvemos á estar frescos; la lluvia, tan deseada por los madrileños, ha venido á consolar nuestros dolores, producidos por el temor de caer en las garras del cólera.

¡No mas cólera! El agua lo ha borrado de la escena. Las ferias han comenzado con la ani-

macion de siempre, pero con la poca variedad de siempre, tambien. Libros viejos, avellanas á cuatro el cuártero como dicen los que las pregonan, ropas de todos los colores y frutas que pueden atentar mas ó menos directamente á la vida de los consumidores. Esto es todo lo que puede encontrarse en la feria y para esto hay que llegar hasta el paseo de Atocha, y una vez allí sufrir los apretones, y no de manos, que suele darle á uno el público siempre respetable.

Yo no sé por qué existe tal afan de ir á la feria cuando esto es una feria continua. Aquí donde se vende todo, desde la conciencia hasta el amor y desde la posicion oficial hasta la mano de la esposa; aquí donde cada paso es un tropiezo y cada mujer una *esposicion*, como la de juguetes de la calle del Cármen, es inútil, completamente inútil desear que tengamos una feria especial en medio de tantas como generalmente presenciarnos.

Ferias me pide por mayo
y para pedir las, Menga,
cada día es San Miguel
y todo el año son ferias.

Decia un poeta.

Esto mismo podia repetir ahora viendo lo que en Madrid sucede.

Hablemos un poco de teatros.

En el de la Zarzuela se ha puesto en escena, y lo siento, una en dos actos titulada *El consejo de guerra*. A propósito de ella decia Gil Blas lo siguiente:

Yo ví el Consejo de guerra:
si se le forma al autor,
me lo ponen en capilla
al terminar la funcion.

Y en verdad que para todo habia motivo. Es una zarzuela aquella en que no se sabe que admirar mas, si el talento que el autor tiene para plagiar situaciones de otros libretos, ó la facilidad que posee de decir gracias que nadie pueda reparar en que son tales. De donde resulta, que cuando el Sr. Carratalá dice una gracia de aquellas, el público no se rie, pero el autor sí, y váyase lo uno por lo otro.

El teatro del Príncipe ha abierto sus puertas en el mismo momento en que á mí se me cerraban las de la imprenta para escribir ni un solo renglon á guisa de *postdata* de esta revista. Es un inconveniente que este periódico entre en prensa con tal anticipacion, porque de no ser eso, yo podria ahora hablar de la inauguracion del teatro clásico de Madrid, y me veo, sin embargo, precisado á demorar mi descripcion hasta la próxima semana. La culpa no es mia, lectoras amables.

El teatro de Variedades ha dado tambien

principio á sus tareas con una comedia italiana titulada, *La culpa venga la culpa*, y en la cual Carolina Civili ha demostrado una vez mas que su talento artístico es muy grande y muy acomodado á todo género de obras.

Y á propósito de italiano; hé aquí un bello madrigal que he encontrado en un libro y que he traducido para que ustedes puedan leerlo.

Dice así:

El pasado se huyó; ya solamente
La memoria lo alcanza;
El futuro se ignora, y dulcemente
Lo finje la esperanza.
Un sueño es lo presente

Que desaparece apenas lo barrunto...

¡Ay! ¿Qué es la vida? Una memoria; un punto.

Este género de poesía me parece mucho mas agradable que las odas de dos mil versos que suelen publicar los periódicos de cuando en cuando, y en las cuales suele uno encontrar una eficaz receta para conciliar el sueño.

Eusebio Blasco.

MODAS.

Aquel axioma de severos filósofos que nuestras madres nos han repetido tantas veces, y que se reduce á explicarnos que la sola belleza apreciable y seductora es la belleza moral, ha caducado ya, ó, mejor dicho, á nadie convence desde hace mucho tiempo.

El hombre hoy exige á la compañera de su vida que sea buena; pero tambien desea y le agrada que sea bella, elegante y distinguida.

Porque el buen gusto adelanta por la senda de progresion que todo sigue, y lo que hace diez años, por ejemplo, podíamos llevar con la candorosa admiracion de la infancia, y nos parecia lo mas bonito del mundo, hoy lo creemos dotado de tan poca gracia, que no acertamos á comprender cómo alguna vez nos ha gustado.

Yo no sé antes como era el sexo fuerte, ni si los esposos de otros tiempos eran mas filósofos que los de hoy: lo que sí puedo asegurar, por que lo veo, es que hay gran número de matrimonios desgraciados, porque los esposos acatan demasiado el axioma antedicho, que asegura ser la belleza del alma la única estimable y la sola digna de atencion.

No, no, queridas lectoras mías; no creais esto en lo absoluto. El primer deber de la mujer es ser buena: mas el segundo es ser todo lo be-

lla posible, todo lo elegante, todo lo seductora que sus medios físicos y pecuniarios le permitan.

Una mujer debe siempre cuidar con esmero de su persona, y esto podrá hacerlo por modesta que sea su fortuna, pues ya os he dicho muchas veces - que casi siempre van unidos la sencillez y el buen gusto. Examinemos algunos trajes, si gustais, para convenceros de esta verdad. Entre ellos los habrá para todas las horas del día.

Para las primeras horas de la mañana, una bata bien hecha es de un efecto sin igual: hablemos de la que acaba de recibir de su modista una bella amiga mía.

Es de cachemira azul azulina, forrada en tafetan del mismo color: la espalda es lisa (hechura hoy la mas distinguida y elegante): los paños de detras, nesgados, se reunen en la cintura en una gran tabla: los delanteros bajan desde el hombro en una sola pieza: esta elegante bata, está guarnecida de un doble rizado de cinta de un color algo mas claro que el fondo.

La manga es ancha de arriba y por abajo solo lo bastante para que pase la mano: en la sisa y parte inferior lleva escarolados de cinta.

Una ancha banda de glasé azul ciñe el talle, se anuda por delante, y descende en largos cabos.

La bata está abierta por delante, ó cerrada, á voluntad: lo primero es mas cómodo y menos comun: en el segundo caso, se pone debajo una enagua con cinco bullones separados por entre-doses bordados, y se guarnecen las orillas de delante y el bajo con un escarolado de cinta azul como el de las mangas.

He visto hace pocas tardes á una jovencita, que paseaba en un carruaje, ataviada del modo mas encantador y os voy á describir su traje, mis queridas lectoras.

Era de alpaca blanca: el borde de la falda se hallaba guarnecido por una ancha tira de glasé color de cereza; esta tira subia formando grandes puntas en cada una de las costuras de los paños; en vez de cuerpo llevaba la jóven de que os hablo una camiseta de muselina suiza y un pequeño paletot igual á la falda, abierto en todas las costuras y formando solapas forradas en glasé cereza; el sombrero era de paja de ar-

roz guarnecido con terciopelo cereza y rodeado de una pluma.

La baratura de este vestido es infinitamente recomendable comparada con su fresco y delicioso efecto.

Para teatro y reuniones de noche, nada hay tan lindo como un sencillo vestido blanco, con un ancho cinturon de glasé azul, rosa, verde, ó carmesi: sin embargo, esta recomendacion solo sirve para las jóvenes: á las señoras de alguna edad, aconsejamos los glasés sencillos lila, verde claro, pensamiento; el cuerpo de escote cuadrado, y las estrechas diademas de oro y plata, para sujetar el peinado á la griega, tan elegante y gracioso á la vez.

Estos trages se adornan con guipure sembrado de acero y de cuentecitas de oro.

Los periódicos de París cuentan maravillas de perfumería, y yo os confieso que considero este artículo como de primera é imprescindible necesidad para una dama, y mucho mas, cuando los baños de mar destruyen la frescura y suavidad de la tez con la accion corrosiva del agua y los ardientes reflejos del sol.

Nada hay mas triste que una tez, que aun conserva reflejos de pureza y hermosura, destruida por la falta de precaucion.

Os aconsejo que no deis concluir nunca en vuestro tocador la *Leche antifélica de Mr. Candés*: es algo cara, pero verdaderamente preciosa: si habeis de gastar en un traje veinte duros, gastad algo menos para dedicarlo á los artículos del tocador: si habeis de pagar modista, haceos los trajes vosotras mismas. En *El Angel del Hogar*, os doy para eso excelentes patrones y lindos figurines: ahorrad en lo que os sea posible, para que no os falten los perfumes y aquellas cosas indispensables para parecer bellas.

No hablo de la pintura: como dice la condesa D'Ahs,—para limpiarse todo es poco: para pintarse todo es mucho.—Esta es la opinion de una parisiense, cuyo buen gusto y elegancia son proverbiales: de una dama á la que sus canas y su edad, al hacerla respetable, no la han privado de ser encantadora, por que la distincion y la elegancia son siempre jóvenes y amables.

Pamela.



LABORES.

El grabado que damos hoy á nuestras distinguidas suscriptoras contiene un modelo de camisa para caballero, otro de chambrá para señora, y cuatro de los cuellos mas en boga en el mundo elegante.

La camisa se hace de tela de Holanda, poniéndola algo mas fina para la pechera, que se forma, segun costumbre, con un doblado ancho en la parte superior, respunteado en ambas orillas, y por dos tablas á cada lado de las mismas dimensiones.

En el doblado de en medio se ponen cuatro ó cinco ojales y botones pequeñitos de lienzo, lo que, para camisa sin pretensiones, es de muy buen gusto.

En las camisas de vestir, se hacen tres ojales para botones de valor y aun dos mas separados.

El cuello de esta camisa es vuelto, bastante escotado y está orlado lo mismo que los puños, de un respunte.

La chambrá se hace de percal fino, ó muselina escocesa, lo que será de mejor efecto: lleva en medio una ancha tira puesta á respunte, de la que sale por cada lado una tirita festoneada: á cada lado hay otras dos tiras igualmente respunteadas y terminando en feston, pero que van disminuyendo en largura: estas cuatro tiras salen de los hombros, que los forman dos tiras lisas puestas á respuntos: el vuelo está repartido en los intermedios, que dejan las tiras, en tablitas pequeñas.

El cuello que vuelve es festoneado, como tambien los puños: pero creemos de mucho mejor gusto hacer uno y otros lisos y cerrados con botones de nacar ó de lienzo.

Para los cuellos se cortan dos hojas de tela de hilo fina y se cosen, poniendo en medio de las dos un ferro de otra tela fuerte y armada, volviéndolos despues y respunteándolos al derredor, ó poniéndoles un cordoncito entre dos respuntos.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

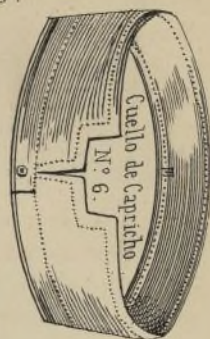
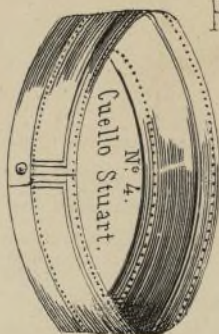
MARÍA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.

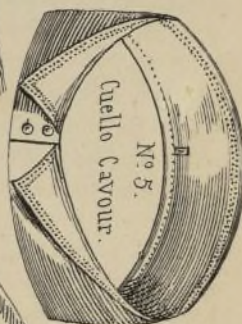
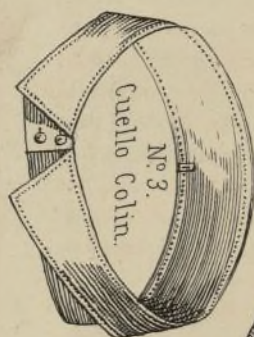
EL AMER DEL HOGAR

Redaccion y Administracion; Trujillos, 3. MADRID.



N° 1.

Camisa para Caballero.



N° 2. Chambra para Señora.

Ayuntamiento de Madrid

Lit. de N. Gonzalez, Magdalena 17.